

El Corazón de Cristo y la Compañía

Pedro Arrupe, Carta a toda la Compañía (9- VI- 72).

Como lo prometí en mi carta de 16 de diciembre de 1971 (AR XV -i66), al producirse en este año 1972 el centenario de la Consagración de la Compañía al Corazón de Jesús, realizada por el Padre Pedro Beckx, deseo conversar con todos y con cada uno de vosotros sobre un aspecto de la espiritualidad cristocéntrica en la Compañía, y su manifestación concreta en la devoción al Corazón de Cristo.

Es un tema que llevo muy en el alma, aunque no deja de ser hoy difícil de tratar por lo diversas que son en la Compañía las posiciones subjetivas ante esta devoción. Me voy a limitar a presentaros un deseo que siento profundamente como General: el de ayudar a encontrar la solución del problema ascético, pastoral y apostólico que nos presenta hoy la devoción al Sagrado Corazón.

Nadie duda de que la espiritualidad ignaciana es cristocéntrica. Toda ella, lo mismo que nuestro apostolado, se funda en el conocimiento y en el amor profundo de Jesucristo, de su divinidad y de su humanidad: en el conocimiento de Jesucristo Redentor, que ha amado a su Eterno Padre y al género humano con un amor divino-humano, infinito y personal, con un amor que se extiende a todos y a cada uno de los hombres. Es ese amor de Cristo, que una tradición plurisecular, alentada por el Magisterio, representa en su Corazón, el que da origen a la respuesta apostólica (al modo ignaciano) de quienes “se quieren señalar en todo servicio” y llegar hasta el anonadamiento de la bandera de la cruz (la “kenosis” del vexillum, crucis) para colaborar en la redención del mundo.

Es éste un punto fundamental en que nos encontramos fácilmente de acuerdo. Pero tratándose ya de la Devoción al Sagrado Corazón, hay dos posiciones antagónicas que se podrían caracterizar así: Unos consideran esta espiritualidad, que han llamado y siguen llamando “Devoción o Culto al Corazón de Jesús”, como algo tan propio y esencial en la Compañía que la reputan indispensable para todo buen jesuita. El apostolado del Sagrado Corazón, “munus suavissimum”, sería esencial en toda nuestra actividad pastoral y la debería inspirar y animar. El Sagrado Corazón, símbolo del amor divino-humano de Cristo, sería para ellos el camino más directo de llegar al conocimiento y al amor de Jesucristo.

Otros hay, en cambio, que sienten más bien indiferencia y aun una especie de aversión subconsciente a este género de devoción, y llegan incluso a evitar hacer mención de ella. Piensan, en efecto, por una parte, que se reduce a unas cuantas prácticas devocionales, superadas y anacrónicas, y no se ayudan, por otra parte, del símbolo del corazón, pues la palabra “corazón” se ha ido cargando, según ellos, de sentimentalismo y de una fuerza alérgica incoercible, a lo que contribuye también el hecho de que, al menos en algunas culturas, el corazón no sea considerado como símbolo del amor, si no es dentro de un contexto puramente sentimental.

Sucede con esto que no faltan quienes se sienten desorientados en esta materia. Están convencidos del valor que encierra lo esencial del culto al Corazón de Cristo, pero no saben cómo podrían proponerlo hoy a los demás en un modo aceptable, y prefieren mantenerse a la expectativa y como en un respetuoso silencio.

Las dos primeras posiciones parecen irreductibles y esencialmente opuestas, pero quizá no lo sean en sus aspectos más fundamentales. La primera se apoya, y nadie podrá negarlo, en numerosos documentos oficiales de la Iglesia y en la tradición de la Compañía: decretos de las Congregaciones Generales, cartas de los Padres Generales, etc. Una formación en ese sentido, recibida desde el noviciado, y la propia experiencia espiritual, personal y apostólica, les demuestra cuánto se han sentido ayudados por la práctica de esta devoción, y no pocos recuerdan el “ultra quam speraverint” en los frutos extraordinarios de su acción apostólica como un sí no feaciente de su eficacia.

La posición opuesta tiene su origen en una serie de razones, que varían según los casos. No me refiero, es claro, a las dificultades más hondas basadas en una problemática cristológica que puede llegar hasta deformar la fe misma en Cristo y nuestra relación personal con Él, sino a otros varios motivos que fundamentan la reserva seria de algunos. Sienten, en efecto, algunos una dificultad general en aceptar métodos de espiritualidad que puedan significar, según ellos, una limitación de la libertad personal o dar la impresión de algo impuesto indiscriminadamente desde fuera. Otros temen comprometerse con una espiritualidad que estiman excesivamente subjetiva e intimista. A otros les retrae el valor o el alcance de las revelaciones privadas, en las que se ha pretendido a veces fundamentar la devoción al Sagrado Corazón, o el concepto mismo de consagración. Y en no pocos se añade un rechazo instintivo al modo emocional, anti-artístico y barato de algunas presentaciones o escritos sobre este argumento.

Si se confrontan serenamente y en un diálogo ordenado a un verdadero discernimiento espiritual, estas dos posiciones no son tan contrarias como podrían parecerlo. Si se analiza el significado de expresiones como éstas: “Déjeme de devociones especiales, a mí me basta con Jesucristo redentor, crucificado y resucitado”, es claro que lo que con ellas se quiere subrayar es la solidez de un amor verdadero a Cristo, que en el Misterio Pascual ha realizado nuestra salvación y nos llama a la identificación con Él; y precisamente ese amor incondicional a la persona de Cristo ha sido siempre esencial en el culto al Sagrado Corazón.

Cuando los de la segunda posición dicen rechazar las prácticas externas, menos compatibles con la manera de ser de hoy, los de la primera no tienen dificultad en reconocer que tales son cosas accidentales, de valor relativo y condicionado. Si éstos a su vez insisten en que el cristocentrismo y el amor personal a Jesucristo es absolutamente necesario para realizar la vocación en la Compañía, aquéllos lo aceptan plenamente, reconociendo que podría llegarse a exagerar la horizontalidad si se perdiera de vista esta indispensable verticalidad.

Se podrían así citar otros puntos, que en un sano discernimiento pierden agresividad y aun llegan a desaparecer. Debemos fomentar este intercambio de ideas que deberá caracterizarse por los elementos siguientes, típicamente ignacianos:

- Una gran comprensión, que trata de entender la proposición y el espíritu del interlocutor (Ejerc. 22).
- Una plena objetividad, a fin de considerar los valores reales y saber eliminar cualquier clase de exageraciones unilaterales, de reacciones emocionales, etc. (Ejerc. 181).
- Un respeto total a la legítima libertad de los demás, sin querer llevar a todos por el mismo camino, sino dejando que el Espíritu conduzca a cada uno según su voluntad (Ejerc. 15).

El valor objetivo del verdadero culto al Corazón de Cristo se muestra a las claras y en muchos documentos de la Iglesia y de la Compañía. Sería muy difícil sostener, y mucho más difícil probar científicamente que sus fundamentos han caducado o se encuentran

desprovistos de base teológica, si se presenta la esencia profunda del mensaje que ofrece y de la respuesta que exige.

Cristo, Dios-hombre, precisamente por ser el Hijo de Dios encarnado, posee en plenitud todos los valores genuinamente humanos. Es Dios y al mismo tiempo el más hombre de los hombres. La persona de Cristo realiza la medida del amor pleno, porque expresa el don que nos hace el Padre de su Hijo revelado en la carne, y porque realiza en sí misma la síntesis perfecta del amor al Padre del amor a los hombres.

Es este misterio de amor divino-humano, simbolizado en el Corazón de Cristo, lo que ha tratado de comprender y lo que ha querido subrayar la tradicional devoción al Corazón de Cristo, en un mundo cada vez más sediento de amor y más necesitado de comprensión y de justicia. Entre el Verbo de Dios y el Corazón de Jesucristo traspasado en la cruz está toda la humanidad del Hijo de Dios, y el eclipse del sólido sentido teológico de esa humanidad ha sido una de las razones que han llevado a la desvalorización de su corazón como símbolo. Saltar el anillo de la humanidad total de Cristo equivale a crear un vacío teológico entre el símbolo y lo simbolizado, que el antropomorfismo y el pietismo se sienten tentados de colmar. Dejar en la sombra la plena humanidad de Cristo significa también y sobre todo perder la dimensión comunitaria, es decir, eclesial, de la espiritualidad cristocéntrica.

La Iglesia nace de la Encarnación, más aún, ella misma es una continua Encarnación; la Iglesia es el cuerpo místico de Dios-hecho-hombre. Ahora bien, nada hay menos individualista que un genuino amor a Cristo: la existencia misma de la reparación procede de una auténtica exigencia comunitaria, del Cuerpo Místico.

Superando los obstáculos de orden psicológico que las formas externas de este culto pueden presentar, el jesuita debe revitalizarlo con la espiritualidad cristocéntrica sólida y viril de los Ejercicios que, con su cristocentrismo integral y con su culminación en la entrega total, nos preparan a “sentir” el amor del Corazón de Cristo como punto de unificación de todo el Evangelio. La vida del jesuita queda perfectamente unificada en la respuesta al llamamiento del Rey Eternal y en aquel “Tomad, Señor, y recibid” de la Contemplación para alcanzar amor, que es corona de los Ejercicios. Vivir esta respuesta y ese ofrecimiento será para cada uno de nosotros y para toda la Compañía la verdadera realización del espíritu de la consagración al Corazón de Cristo, al modo ignaciano.

De este intenso vivir el espíritu de los Ejercicios es de donde surgió, como ineludible urgencia apostólica, el empeño de vivir y ofrecer la oración y el trabajo propios en unión con el Corazón de Cristo y de realizar así una existencia íntimamente centrada en Cristo y en la Iglesia. El Apostolado de la Oración ha vivificado y sigue vivificando de este modo la perspectiva sacerdotal de tantas existencias cristianas, haciéndolas culminar en el ofrecimiento eucarístico de Cristo y en la consagración del mundo a Dios (LG. 34). Este medio del Apostolado de la Oración, que tanto ha ayudado al Pueblo de Dios, puede hoy, debidamente renovado y adaptado, prestar nuevo y mayor servicio, cuando tanto se siente la necesidad de crear grupos apostólicos de oración y de serio compromiso espiritual.

Resumiendo:

Es un hecho que la providencia de Dios, en las diversas situaciones históricas, ha ido proveyendo a la Iglesia de los medios espirituales más adaptados. Uno de esos medios ha

sido evidentemente, para la Compañía de Jesús, la devoción al Sagrado Corazón. Nadie podría negar los frutos excelentes que se han seguido de ella para la espiritualidad cristocéntrica y para el apostolado de la Compañía.

Es teológicamente cierto, confirmado por la tradición de la Compañía, que en la esencia de la devoción al Sagrado Corazón hay grandes valores, que pueden y deben ser aplicados también a las circunstancias actuales.

Es un hecho, por otra parte, que nos encontramos ante la realidad de que muchos y buenos jesuitas no sienten hoy especial atracción, antes al contrario, experimentan repulsión hacia esta forma de culto. Y un principio ignaciano nos dice que no se puede imponer -a nadie una forma de espiritualidad que no le ayude en su vida de jesuita. (Cfr. M. I. Fontes Narrativi IV - 855).

Nos encontramos en un momento histórico de crítica, de contestación, de rechazo de elementos tradicionales. Esto, si tiene grandes peligros, tiene también la ventaja de obligarnos a ahondar en la esencia de las cosas.

De ahí que la Compañía, precisamente para mantenerse fiel a su tradición, tiene hoy el deber de estudiar la esencia de la devoción al Corazón de Jesús y de descubrir el modo de utilizarla y de presentarla al mundo de hoy. Serían inaceptables las soluciones simplistas que, o desconocieran la necesidad de una adaptación viva y de un desarrollo teológico de su esencia y de su ejercicio, o la rechazaran de plano porque personalmente no agradara.

Profundizar en este problema espiritual, pastoral y apostólico nos llevará, por un lado, a descubrir su verdadera solución, que ha de ser de gran servicio no sólo para nosotros mismos, sino para tantos religiosos y laicos que esperan desorientados direcciones concretas en esta materia; y nos dispondrá, por otro, a conocer más profundamente a Aquel en quien se encuentran todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col 2, 3).

El estudio profundo sobre el costado atravesado de Jesús en la Cruz (Juan 19, 34) es un tema de reflexión teológico fecundísima y muy actual. El Evangelio, que había subrayado expresamente el amor de Cristo en su pasión y en su muerte (Juan 13, 1; 15, 13), parece querer llamar nuestra atención sobre este amor, como clave de la obra redentora, al mostrarnos el costado abierto de Jesús, del que brotan la sangre y el agua, misterioso anuncio de los dones del Espíritu a la Iglesia.

Quisiera añadir una palabra personal, como General. He sentido la obligación de hablar de este punto tan vital en nuestra espiritualidad, no solamente porque celebramos este centenario, sino también porque, además de estar personalmente convencido del valor intrínseco de la devoción al Corazón de Cristo y de su extraordinaria energía apostólica (tanto por razones teológicas como por experiencia propia), creo que se puede definir, con los Sumos Pontífices, "compendio de la religión cristiana" y con Pablo VI: "excelente forma de la verdadera piedad... en nuestro tiempo".

Esto me induce a querer recomendar a todos, y especialmente a los teólogos y especialistas de espiritualidad y pastoral, que estudien el mejor modo de su presentación moderna para que obtengamos en adelante los resultados que hasta ahora se han obtenido. Estoy convencido de que insistiendo en esta recomendación presto un gran servicio a la

Compañía, y de que cuanto más a fondo conozcamos el amor de Cristo, más fácil nos será encontrar los modos auténticos de describirlo y de expresarle. El “ultra quam speraverint” prometido, vale también para nosotros.

En la Iglesia del Gesú de Roma, donde el Padre Beckx lo hizo por primera vez, espero renovar el próximo 9 de junio, fiesta del Corazón de Jesús, la Consagración de la Compañía al mismo Sagrado Corazón con la fórmula cuya copia adjunto a esta carta. Desearía que todos se unan en espíritu a este acto en la forma que se crea más conveniente en cada Provincia.

Que el Padre, “que ha ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las ha revelado a los pequeños” (Mt 11, 25), nos conceda, a vosotros y a mí, el conocer y sentir cada vez más profundamente las inagotables riquezas encerradas en el Corazón de Cristo. Yo considero esta gracia importantísima en este momento de la historia de la Iglesia y de la Compañía. “Petite et dabitur vobis”.

Consagración de la Compañía al Corazón de Jesús

Oh Padre Eterno

Mientras oraba Ignacio en la capilla de La Storta, quisiste tú con singular favor aceptar la petición que por mucho tiempo él te hiciera por intercesión de Nuestra Señora: “de ser puesto con tu Hijo”. Le aseguraste también que serías su sostén al decirle: “Yo estaré con vosotros”. Llegaste a manifestar tu deseo de que Jesús portador de la Cruz le admitiese como su servidor, lo que Jesús aceptó dirigiéndose a Ignacio con estas inolvidables palabras: “Quiero que tú nos sirvas”.

Nosotros, sucesores de aquel puñado de hombres que fueron los primeros “compañeros de Jesús”, repetimos a nuestra vez la misma súplica de ser puestos con tu Hijo y de servir “bajo la insignia de la Cruz”, en la que Jesús está clavado por obediencia, con el costado traspasado y el corazón abierto en señal de su amor a Ti y a toda la humanidad.

Renovamos la consagración de la Compañía al Corazón de Jesús y te prometemos la mayor fidelidad pidiendo tu gracia para continuar sirviéndote - a Ti y a tu Hijo con el mismo espíritu y el mismo fervor de Ignacio y de sus compañeros.

Por intercesión de la Virgen María, que acogió la súplica de Ignacio, y delante de la Cruz en la que Jesús nos entrega los tesoros de su corazón abierto, decimos hoy, por medio de El y en El, desde lo más hondo de nuestro ser: “Tomad, Señor y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer. Vos me lo disteis, a Vos, Señor, lo torno, todo es vuestro,, disponed a toda vuestra voluntad, dadme vuestro amor v gracia, que esto me basta”.